mes de que ya he hablado, se formaron en gran parte con cuadros que provenian de las tropas extrangeras.

La creacion del regimiento de Cazadores dió orígen á un incidente curiosísimo. El emperador en un principio quiso dar el mando de estos soldados, indudablemente muy buenos, á uno de sus ayudantes de campo. Cualquier otro oficial, en virtud de la guerra inminente, habria tenido como muy honrosa esa comision; pero el agraciado no quiso cambiar su tranquilo y agradable puesto de edecan por el de gefe llamado á hacer una guerra activa; renunció desde luego al mando del regimiento, que le fué confiado al oficial de órdenes Moso, quien á la sazon no era mas que teniente coronel.

Como que despues de la partida de los franceses era de temerse un ataque á la ciudad por parte del ejército republicano mandado por Porfirio Diaz, se pensó en ponerla en estado de defensa; y por la vez primera desde que estaba yo al lado del emperador le ví con las divisas de general, atender sériamente á los preparativos militares, y pasar revistas é inspecciones.

El 14 de Enero reunió nuevamente el emperador en Palacio á los ministros y consejeros de Estado en junta, á la que concurrieron ademas el padre Fischer y el mariscal Bazaine. Este último fué invitado para ella en una visita que pocos dias ántes hizo al emperador en la Teja.

En el último consejo de ministros se trató sériamente del intentar persuadir á los gefes de los disidentes á que suspendiesen las hostilidades, y á su partido á que tomase parte en el Congreso. Pero como estas tentativas, ya propuestas en Orizaba, no surtieron efecto, la junta que ahora se reunia no tenia mas arbitrio que resolver definitivamente cuál era el camino que debia seguirse.

El emperador insistió en la condicion que habia puesto ya, es decir, en la convocacion de una asamblea, cuyo voto

habria de ser la norma de su conducta ulterior; dijo así mismo, que debiendo someterse el punto de su abdicacion solo á un congreso como á la única autoridad legal, podria de esa manera resignar el poder que se le habia confiado, en virtud de un voto formal de los pueblos.

Pero ni en esta vez quisieron los conservadores conformarse con las intenciones del emperador. Sucedió lo mismo que habia sucedido en Chapultepec y en Orizaba: no quisieron que se les hablase ni de asamblea nacional ni de tentativas de arreglo pacífico.

En obsequio de la verdad, los pocos liberales que concurrieron á la junta se creyeron en el deber de hacer patente la insuficiencia de medios para emprender y sostener la guerra, así como tambien las pocas probabilidades de éxito feliz. Levantáronse como un solo hombre contra ellos los conservadores; y Lares, Sanchez Navarro, y el padre Fischer se propusieron probar en largos y vehementes discursos, que muy pronto se tendrian abundantes recursos, y que la victoria era infalible. El mas ardiente agitador en aquella junta fué Sanchez Navarro, el amigo íntimo del padre Fischer; llegó al estremo de proponer que se hiciera la guerra hasta con puñales.

El mariscal Bazaine dió tambien su voto, ámpliamente fundado; de acuerdo con sus antecedentes, y apoyándose en su esperiencia militar, financiera y política, opinó por la cesacion del imperio. Ya se vé que las consideraciones espuestas por el mariscal no habrian de ser de gran peso. Así, al hablar bajo el punto de vista militar especialmente, alegando la esperiencia que tenia como gefe de la intervencion, y sacando la consecuencia de que si los franceses habian cedido á los disidentes igual cosa tenia que suceder al ejército imperial, fácil era contestarle lo que perfectamente sabia, y es que los franceses no se iban de México porque los liberales los habian vencido, sino porque voluntariamen-

te resolvieron dejar el territorio en manos de estos. Aun en lo tocante á la política y á la Hacienda, sacó el mariscal falsas consecuencias de premisas falsas; así fué que todas sus consideraciones no ejercieron influencia ninguna, ni en el ánimo del emperador ni en el de los miembros de la junta.

Quedó, pues, resuelta la guerra, tanto por los ministros como por los consejeros de Estado; el emperador, aun cuando todavía abrigaba una remota esperanza de ponerse de acuerdo con los republicanos, hubo de ceder al dictámen de los conservadores.

Maximiliano hace mencion de esa junta en sus apuntes, con estas pocas palabras:

"*Otra junta de los Consejos en México, mismo dictámen. Trabajo asíduo para juntar el Congreso; agentes á Juarez y Porfirio Diaz. Envío de García con el hijo de Iglesias cerca de Juarez.*" Este envío de García tuvo lugar ya que estábamos en Querétaro.

Entre tanto, se continuaban con empeño los preparativos de guerra, y en el arreglo del ejército no dejó de adelantarse mucho á pesar de infinitos obstáculos.

El 26 de Enero escribió el emperador la siguiente carta al ministro de Fomento Mier y Terán:

"Mi querido ministro:

"Los trastornos políticos que México ha sufrido y sufre todavía, han traido consigo la ruina total de muchas familias extrangeras, especialmente francesas, las cuales no están por lo mismo en aptitud de aprovechar las ofertas que la legacion de Francia les hace de volverlas á su patria con el ejército espedicionario.

"Deseo que se procure mejorar en cuanto sea posible la suerte de esas familias, proporcionándoles los medios de

que se fijen definitivamente entre nosotros, con la concesion de terrenos para colonizar.

"Os recomiendo que me propongais un proyecto el mas adecuado para el intento, y contad con las seguridades de mi benevolencia.

"Vuestro afectísimo,

MAXIMILIANO."

El mismo dia publicó el emperador la siguiente *órden general del ejército:*

"Sres. generales, comandantes, oficiales y sub-oficiales de nuestro ejército nacional: hay entre vosotros un número considerable de soldados, que no nacieron en México; pero que son mexicanos por adopcion y por sentimientos. Es nuestro mas ardiente deseo, que reine el mas perfecto acuerdo entre ellos y los indígenas; deberán soportar en comun las fatigas de la campaña, los peligros de las batallas, y las dulzuras de la paz.

"Por tanto, os conjuramos á manejaros en este sentido, porque me seria muy doloroso tener que castigar faltas, ya en hechos ya en palabras contra la concordia, que lastimen la justa susceptibilidad de quienes son hermanos nuestros. Recomendamos á estos últimos una conducta semejante, y no dudamos que se conservará de este modo la mejor armonía.

"El ejército francés regresa á su patria; pero una gran parte de los hijos de la noble Francia se queda entre nosotros. Unos se hallan en las filas del ejército nacional despues de haber servido á su patria; otros se han dedicado al comercio, á la industria, á las artes. Es deber estricto nuestro, cuidar de que los primeros no tengan motivo para quejarse de sus compañeros de armas, por la abnegacion con

que prefieren quedarse en México á volverse á su patria. Así mismo, respecto de los otros debemos tratar de que estén seguras sus personas y sus intereses. Deber nuestro es insistir de una manera particular, en que se cumplan estos nuestros propósitos.—Palacio nacional. Enero 26 de 1867.—MAXIMILIANO."

Entre tanto, se habian roto ya las hostilidades. Miramon, á la cabeza de algunas tropas tomadas de aquí y de allí, se habia dirigido á marchas forzadas sobre Querétaro y Zacatecas, habiéndose apoderado de estas dos importantes plazas al primer asalto. Juarez y sus ministros no escaparon de caer prisioneros sino merced á la velocidad de sus caballos, á los que no pudieron dar alcance por cansados los de Miramon. El buen éxito de este golpe de mano de Miramon, llenó al ministerio de júbilo y de confianza en el triunfo. Ya veian deshechos á los rebeldes y terminada la guerra aun ántes de que comenzase. Pero á los dos dias llegó otra noticia, que disipó completamente sus bellas ilusiones. Miramon se encontró con Escobedo junto á la hacienda de San Jacinto, y su cuerpo sufrió una plena derrota. Al mismo tiempo se supo, que ciento nueve franceses que cayeron prisioneros fueron fusilados, con lo que la ciudad se sobrecogió de espanto y de horror.

Algunos, apoyándose en este lastimoso caso, intentaron todavía persuadir al emperador á que partiese con las tropas francesas; pero á la verdad que no pudo escogerse un momento menos á propósito.

Cuando Maximiliano estaba en Orizaba, pudo pensar en regresar á Europa; pero embarcarse con los franceses en los momentos en que comenzaba la campaña, era un consejo que no podia menos de rechazar con indignacion como príncipe y como soldado. En aquel momento tenia que permanecer á toda costa. Contaba aún á su lado con tropas suficientes, las mejores de las cuales estaban formadas en gran parte de soldados extrangeros; merced á ellas, podia sostenerse el tiempo suficiente para intentar la reunion del Congreso, (lo cual era ya mucho mas probable, habiendo cesado toda presion con la retirada de los franceses) y llegar de ese modo á algun resultado. Si esta tentativa salia fallida, le quedaba todavía aun en la peor hipótesis, abierto el camino para cualquier punto de la costa, sirviéndole de escolta esas mismas fuerzas.

La derrota de Miramon impulsó á los ministros á dar un paso decisivo. Forzoso les era ante todo asegurar la persona del emperador, quitándole toda posibilidad de abandonar el país en cualquier evento. Lo que les importaba era que hiciese causa comun con ellos, y que tomase el carácter de gefe de partido.

Lares y Márquez espusieron al emperador, que la derrota de Miramon habia desalentado á las tropas, y que era necesario que él se pusiese á la cabeza de ellas asumiendo el mando del ejército. En obsequio de la verdad debo consignar aquí, que el padre Fischer no tomó parte en esta intriga. Al hablarme de ello, me dijo terminantemente: "el emperador debe quedarse en la capital, no ya por su seguridad, puesto que en medio de sus tropas estaria mas seguro que en cualquiera otra parte, sino por respeto al principio; él le pertenece á la capital."

El padre Fischer estaba perfectamente de acuerdo en que se hiciese á los disidentes una guerra enérgica; pero es de todo punto falso que aconsejase á Maximiliano el ir á Querétaro. Debo igualmente justificar al enviado de Prusia baron de Magnus, del cargo que se le hace sobre que sus consejos determinaron al emperador á salir con el ejército. En una relacion hecha al gobierno austriaco, se pinta en ese sentido la cooperacion de ambos; pero las cosas no pasaron de esa manera. El baron Magnus opinó contra la

guerra, como que no tenia mas mira que la de hacer posible un arreglo. Para que se comprenda la idea que el baron se formaba de la situacion, bastarán las siguientes palabras suyas dichas al padre Fischer:

"Mil veces he visto que se trate para entrar en campaña; pero nunca, que se abra una campaña para tratar. El emperador jugará una partida muy peligrosa, si quiere iniciar tratados de paz con las armas en la mano."

Pero de nada sirvieron todas las observaciones; ya el emperador habia prometido á Márquez salir para Querétaro.

CAPITULO X.

Ultimos dias de la intervencion francesa.—Una proclama de Márquez.—Khevenhüller y Hammerstein.—El emperador sale de México.

BAZAINE, que apesar de no estar ya en relaciones con el emperador todavía se informaba cuidadosamente de cuanto sucedia en Palacio, no podia ménos de aguardar con impaciencia la resolucion final de Maximiliano. Todavía esperaba que este se decidiese á regresar á Europa á bordo de un buque francés y en compañía de los franceses, con lo cual habria quedado satisfecho su último deseo. En tal caso, el mariscal y el ejército francés, en vísperas de retirarse, habrian desempeñado por completo su mision, y regalado á México una república. Solo que las esperanzas del mariscal se vieron burladas: se quedó el emperador, y empeñó la lucha con los republicanos, lucha difícil, pero que no dejaba de ofrecer probabilidades favorables para el imperio, como lo sabia muy bien Bazaine á quien no eran desconocidas las circunstancias.

Furioso al verse burlado en sus esperanzas, el mariscal se quitó la máscara que por tanto tiempo habia llevado puesta: en los últimos dias de su permanencia en México, ya mostró abiertamente y sin la menor sombra de disimulo,